*Cinco chicos y eso*

EL PASEO | D-9-A-99

W. R. MILLAR 1902

Edith Nesbit

# *Cinco chicos y eso*

Ilustrado por H. R. Millar

Traducción y notas
Nuria Reina Bachot

EL PASEO, 2018

Título original: *Five children and it* (1902)

© de la traducción y notas: Nuria Reina Bachot, 2018
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2018
www.elpaseoeditorial.com

*Primera edición: agosto de 2018*

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)
Corrección: Deculturas, S.C.A.
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-948984-0-2
DEPÓSITO LEGAL: SE-1270-2018
CÓDIGO BIC: FC; YFA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

## A John Bland

Ay, Corderito mío, tan pequeño eres
que ni leer aún debes.
Ni un libro pueden sostener,
de tan inquietas,
esas manitas tan prietas.
Y si bien este libro tuyo ha de ser,
no tengas prisa,
deja que mamá lo guarde en la repisa
hasta que sepas leer.
¡Que el tiempo pasa apresurado,
y eso llegará mucho antes de lo esperado!

# Capítulo 1

## Tan hermosos como el día

La casa estaba a tres millas de la estación, pero antes de que el polvoriento jamelgo alquilado llevara cinco minutos repiqueteando el suelo, los niños comenzaron a sacar la cabeza por la ventanilla del carruaje y a decir: «¿Ya hemos llegado?». Y cada vez que pasaban junto a una casa, lo cual no sucedía muy a menudo, todos decían: «Oh, ¿es ésta?». Pero nunca era, hasta que alcanzaron la cima de una colina, justo al pasar una cantera de caliza y antes de llegar a la gravera. Y allí estaba esa casa blanca y con un jardín muy verde y un huerto de árboles frutales al fondo y madre dijo: «¡Ya estamos aquí!».

– Qué casa tan blanca –dijo Robert.

–Y mira las rosas –dijo Anthea.

–Y las ciruelas –dijo Jane.

–Está bastante bien –admitió Cyril.

El bebé dijo: «*Quero* paseo», y el jamelgo paró no sin antes repiquetear y tambalearse por última vez.

Al minuto siguiente se formó un enorme revoloteo para salir del coche y todo el mundo acabó recibiendo una patada o un pisotón; pero a nadie pareció importarle. Lo curioso fue que madre no tenía ninguna prisa por salir; e incluso cuando ya había bajado –apoyando el pie en la escalerilla del carruaje y sin dar ningún salto ni nada– prefirió echar un vistazo a

las cajas del coche y pagar al cochero, en lugar de disfrutar de esa primera y gloriosa carrera alrededor del jardín y del huerto de árboles frutales y de aquella espinosa y enmarañada selva, llena de zarzales y ortigas, que había tras cruzar la puerta de entrada rota y bordear la fuente seca junto a la casa. Pero por una vez, los chicos estuvieron avispados. La casa no era bonita en absoluto; era una casa de lo más común, y madre pensó que no era apropiada, y que era bastante incómodo que no hubiese, por decirlo de alguna manera, ni una estantería, y casi ninguna alacena. Padre solía decir que la forja de un tejado y la albardilla son la pesadilla de un arquitecto. Pero la casa estaba en lo más profundo del campo y

*... esa primera y gloriosa carrera alrededor del jardín...*

no había ninguna otra casa a la vista y los niños habían estado durante dos años en Londres, y no habían ido a la playa ni un solo día, ni siquiera de excursión en tren, y por eso aquella Casa Blanca les parecía una especie de Palacio de Cuento de Hadas situado en un Paraíso Terrenal. Y todo porque Londres puede convertirse en una cárcel para los niños, en especial si sus familiares no son ricos. Por supuesto que hay tiendas y teatros y otras diversiones, pero si los tuyos son muy pobres no te llevan al teatro, ni puedes comprar cosas en las tiendas; y Londres no tenía nada para jugar con lo que no acabaran haciéndose daño o terminase roto; no tenía árboles, ni arena, ni bosques, ni agua. Y en Londres todo tiene una forma cuadriculada, sólo líneas rectas y el suelo es plano, en lugar de tener formas pintorescas y variadas, como las que hay en el campo. Los árboles son muy diferentes, como ya sabrás, y estoy segura de que alguien muy resabiado te habrá contado que no hay dos hojas de hierba exactamente iguales. Pero en las calles, donde no crecen las hojas de hierba, todo se parece a todo. Por esta razón algunos niños de la ciudad son más traviesos. Ellos no saben lo que les pasa, ni muchísimo menos sus padres ni sus madres, sus tías, sus tíos, sus primos, sus profesores, sus institutrices y sus niñeras; pero yo sí lo sé. Y ahora tú también. Los niños del campo a veces también son traviesos, pero por razones diferentes.

Antes de que les llamaran para lavarse y tomar el té, los niños ya habían explorado a fondo los jardines y las casas anexas y tuvieron la certeza de que iban a ser muy felices en la Casa Blanca. Lo supieron desde el primer momento, y también cuando vieron la parte trasera de la casa repleta de jazmines, con aquellas flores blancas, y oliendo como un perfume de los caros que rara vez te regalan en tu cumpleaños; y cuando vieron la pradera, tan verde y suave y tan diferente de la hierba seca de los Jardines de Candem Town; y cuando encontraron el establo con una buhardilla y con un poco de heno seco to-

*... Cyril se pilló el dedo con la puertecilla de una jaula...*

davía; estaban casi seguros; y cuando Robert descubrió que el columpio estaba roto cuando se cayó y se hizo un chichón del tamaño de un huevo, y Cyril se pilló el dedo con la puertecilla de una jaula que parecía albergar conejos, si alguna vez has tenido una, sabrás cómo son.

Lo mejor de todo era que no había restricciones para ir a algún sitio o hacer cualquier cosa. En Londres casi todo lleva una etiqueta de «No tocar», y aunque esa etiqueta es invisi-

ble, sigue siendo horrible porque tú sabes que está allí y si no lo sabes, te lo dirán más pronto que tarde.

La Casa Blanca estaba situada en la cima de la colina, con el bosque detrás y la cantera de caliza a un lado y la gravera al otro. A los pies de la colina había una llanura con unos edificios blancos y muy raros donde la gente quemaba cal, y una enorme fábrica de cerveza de color rojo y otras casas; y cuando esas enormes chimeneas echaban humo y caía la tarde, el valle parecía inundado por una bruma dorada y los hornos de cal y los secaderos de lúpulo brillaban y resplandecían como si fuesen una ciudad mágica sacada de *Las mil y una noches*.

Ahora que ya te he descrito el lugar, siento que puedo seguir adelante y crear una interesante historia basada en la vida diaria de los niños, una vida justo como la tuya, ya sabes, y comprobarías que todo lo que cuento es cierto; y cuando te dijera que los niños se ponían un poco pesados, como te habrás puesto tú, tus tías escribirían con un lápiz en el margen del libro *¡Qué razón tiene!* o *¡Como la vida misma!* Y tú lo verías y lo más probable es que te enfadases. Por eso sólo te voy a contar las cosas más sorprendentes y podrás dejar el libro por ahí sin problema porque ni tus tíos ni tus tías van a escribir en el margen del libro *¡Qué razón tiene!* A los mayores les cuesta mucho creer las cosas maravillosas, a menos que tengan lo que ellos llaman *una prueba*. Pero los niños se creerían cualquier cosa y los mayores lo saben. Por eso ellos te cuentan que la tierra es redonda como un naranja, cuando tú sabes perfectamente que es plana y tosca; y por eso te dicen que la tierra gira alrededor del sol, cuando tú mismo has comprobado que el sol se levanta por la mañana y se acuesta por la noche, porque es un sol bueno, y la tierra sabe cuál es su sitio y se queda quietecita como un ratón. Sí, apostaría a que te crees todo eso de la tierra y el sol y si es así, no tendrás problema en creer que antes de que Anthea y Cyril y los otros llevasen una semana en el campo ya habían visto un hada. Por lo menos así lo llamaron porque *eso*

decía ser un hada; y por supuesto *eso* sabría lo que era mejor que nadie, pero no se parecía en nada a las hadas que conoces o sobre las que hayas leído.

Estaba en la gravera. Padre tenía que viajar a menudo por negocios y madre se había ido a visitar a la Abuela, que no se encontraba muy bien. Los dos se marcharon a toda prisa y una vez se fueron, la casa se quedó muy vacía y silenciosa y los niños no hacían otra cosa más que deambular de una habitación a otra y mirar los trozos de papel que había por el suelo –restos del embalaje aún por recoger– y deseando encontrar algo qué hacer. Fue Cyril quien dijo:

–Y digo yo, ¿por qué no cogemos las palas y nos vamos a cavar en la gravera? Podemos hacer que estamos en la playa.

–Padre dice que hace mucho tiempo que lo fue –dijo Anthea–; dice que hay conchas con mil años de antigüedad.

Así que se fueron. Por supuesto que habían estado cerca de la gravera y habían echado un vistazo, pero no se habían adentrado por miedo a que padre les dijera que allí no podían jugar, y lo mismo les pasó con la cantera de caliza. Una gravera no es peligrosa siempre y cuando no intentes escalar las laderas, pero sí puedes ir por el camino más seguro y largo que circunda la carretera, como si fueses una carretilla.

Todos los niños llevaron su propia pala y también hicieron turnos para cuidar al Corderito. Se referían al bebé y le llamaban así porque la primera palabra que dijo fue «Baa». A Anthea le llamaban *Pantera,* que puede sonar ridículo cuando lo lees, pero si lo dices en alto suena un poco como su nombre.

La gravera es muy larga y ancha, y tiene hierba en la parte de arriba y algunas flores silvestres y secas, amarillas y violetas. Es como la palangana de un gigante. Y hay montículos de grava y a los lados de la base, donde se extrae la grava, hay hoyos y arriba, en las zonas más empinadas, hay agujeritos que son las puertas de las casitas de los vencejos.

Los niños hicieron un castillo, por supuesto, pero hacer un

castillo deja de tener gracia cuando sabes que no aparecerá la marea susurrante para llenar el foso y derribar el puente levadizo y tampoco tendrá ese final feliz donde todo el mundo acaba empapado hasta la cintura como mínimo.

Cyril quería hacer una cueva para jugar a los bandoleros, pero los otros pensaron que tal vez acabarían enterrados vivos, así que al final todo acabó con palas haciendo un hoyo en la base del castillo cuyo final terminaría en Australia. Verás, los niños creían que la tierra era redonda y que al otro lado, justo debajo de donde estaban, había niñitos y niñitas australianos caminando del revés, como si fueran moscas en el techo, con la cabeza bocabajo.

Los niños cavaron, cavaron y cavaron y terminaron con las manos rojas, mojadas y llenas de arena y con la cara sofocada y brillante. El Corderito intentó comerse la arena y cuando descubrió que no era –tal y como él pensaba– azúcar moreno, se puso a llorar como si no hubiera un mañana, tanto que terminó agotado y se quedó dormido sobre un lecho de gravilla calentita que había en mitad de aquel castillo a medio terminar. Eso permitió a los hermanos y hermanas trabajar duro con total libertad y aquel hoyo que terminaría en Australia comenzó a ser tan profundo que Jane, a quien llamaban *Gatita* de forma cariñosa, rogó a los demás que parasen.

–¿Y si el fondo del hoyo cede de repente? Os caeríais sobre los pequeños australianos y les entraría arena en los ojos.

–Sí –dijo Robert–, y nos odiarían y nos tirarían piedras y no nos dejarían ver los canguros, ni las zarigüeyas, ni los eucaliptos, ni los emús, ni nada.

Cyril y Anthea sabían que Australia no estaba tan cerca como para que pasara todo eso, pero sí estuvieron de acuerdo en dejar de cavar con las palas y seguir con las manos. Aquello era muy fácil porque la arena del fondo del hoyo estaba más blandita y era fina y seca, como la arena de la playa y además había algunas conchas.

–Si alguna vez hubo un mar aquí, el agua sería brillante y llena de lodo –dijo Jane–, con peces y congrios y sirenas.

–Y mástiles de barcos y el tesoro de un galeón español. Ojalá encontrásemos un doblón de oro o algo así –dijo Cyril.

–¿Y cómo se llevaron el mar de aquí? –preguntó Robert.

–Hombre, pues en un cubo no, tonto –dijo su hermano–. Padre dice que el interior de la tierra estaba muy caliente, igual que cuando las mantas te dan mucho calor en la cama, y se encogió hasta los hombros y el mar se le resbaló, igual que nuestras mantas, y los hombros se le quedaron pegados y se convirtieron en tierra seca. Anda, vamos a buscar conchas. Creo que en esa cuevecita puede haber alguna y desde aquí veo algo que sobresale; parece el trozo de un ancla de un naufragio y, además, en este hoyo de Australia hace un calor que te mueres.

Los otros estaban de acuerdo en marcharse, pero Anthea siguió cavando. A ella le gusta terminar las cosas que se empiezan. Pensó que sería una lastima abandonar ese hoyo sin haber llegado a Australia.

La cueva fue una decepción: no había ninguna concha y el ancla del naufragio resultó ser el trozo del palo de un pico y la visita a la cueva tan sólo les hizo darse cuenta que la arena, cuando no estás en la playa, te da mucha sed y cuando alguien sugirió ir a casa a tomar limonada, Anthea de repente gritó:

–¡Cyril! ¡Venid aquí! Oh, venid rápido ¡Está vivo! ¡Que se escapa! ¡Rápido!

Todos regresaron a toda prisa.

–Será una rata, yo no me preocuparía –dijo Robert–. Padre dice que infestan todos los lugares milenarios y esto tiene que ser muy viejo si aquí había un mar hace miles de años.

–A lo mejor es una serpiente –dijo Jane, sintiendo un escalofrío.

–A ver qué hay aquí –dijo Cyril, saltando en el hoyo–. A mí no me asustan las serpientes. Me gustan. Si es una serpiente,

la domesticaré y me seguirá a todas partes y la dejaré dormir rodeando mi cuello.

–No, de eso ni hablar –dijo Robert muy serio–. Compartía habitación con Cyril. Pero si es una rata, entonces sí.

–Oh, no seáis tontos –dijo Anthea–. No es una rata, es *mucho* más grande. Y tampoco es una serpiente. Tiene pies. Se los he visto. ¡Y melena! No, no uses la pala. ¡Le vas a hacer daño! Cava con las manos.

–Sí, hombre, ¡y que me haga daño a mí! –dijo Cyril agarrando una pala.

*... Anthea de repente gritó: «Está vivo»...*